

buscando inútilmente al hombre generoso que con tal solicitud se había conducido con una pobre joven para él extraña. Había pagado en todas partes, sin dejar su nombre en ninguna.

Al tercer día por la noche, rendida de cansancio, con el corazón vacío y el cerebro lleno de visiones, sin haber comido, estaba asomada al balcón que había alquilado para su enferma, y desde él contemplaba á París, lleno de resplandores, soberbio y odioso, colmado de lujo y de vicios, de riquezas y de miserias, de víctimas y de verdugos; aquel París que tan funesto le había sido, preguntándose si no sería lo mejor renunciar á la lucha ahora que estaba sola, perdida en la inmensidad, experimentando, inclinada hacia el vacío, un principio de vértigo en la contemplación del abismo que la atraía. Pensaba que el suicidio es un crimen y una cobardía, y hubiera querido que, independientemente de su voluntad, se sumergiese París en el seno de la tierra, sumergiéndola con él.

De pronto llegaron hasta ella clamores lejanos, procedentes de la ciudad, y poco después corrían á sus pies bandadas de vendedores pregonando los periódicos, que los parisienses les arrebataban de las manos, distinguiéndose entre todos este grito:

«¡La guerra! ¡La guerra!»

XVII

Dos amigas.

Han transcurrido ocho meses, que constituyen un periodo siniestro de indecibles desastres para Francia, abatida y agonizante.

Todavía resonaba de vez en cuando el estampido de los cañones y las descargas de fusilería de un extremo á otro del país, como los últimos esfuerzos de una desesperada resistencia.

El ejército del Este, esparcido por los desfiladeros y barrancos del Doubs, esperaba los acontecimientos con inquietud, ignorando lo que sucedía en el corazón de la patria olvidada, sin noticias y casi sin dirección.

Más de cien mil hombres, reunidos por la casualidad, mal armados, mal vestidos y mal alimentados, perdidos entre los hielos y las nieves, desalentados, aunque valientes, faltos solo de dirección, invadían los caminos, inundaban las ciudades desiertas, luchando á la vez contra el enemigo y contra el invierno, más temible aun que los prusianos.

Los hospitales y las casas de Besançon rebosaban de enfermos y heridos; la campaña hasta Baume-les-Dames y Vercel estaba convertida en una vasta ambulancia.

El 20 de enero, en una ciudad del cantón de Ornans, Chapelle-aux-Ifs, guareciase de la horrible tempestad de nieve, descansando delante de la chimenea de una granja, el jefe de un regimiento en marcha, que du-

rante el día había peleado con éxito contra un destacamento alemán.

Pero el enemigo no se había retirado y era de temer que volviese con refuerzos á hostilizar al regimiento francés, que formaba la retaguardia del ejército fugitivo.

Preocupado con esta idea y la de la inutilidad del heroísmo de que sus soldados habían dado pruebas para triunfar del general desfallecimiento, permanecía con la cabeza entre las manos, presa de suprema desesperación, cuando vino á sacarle de su ensimismamiento un gemido procedente de la habitación inmediata, en donde se hallaban tendidos sobre paja los heridos en el combate de aquel día.

Al volver los ojos hacia la puerta, el militar vió aparecer en ella el rostro inteligente del joven médico del regimiento.

—¿Cómo están vuestros heridos?—le preguntó.

—Bien: no hay ninguno grave. El peor es vuestro ayudante.

—¿El marqués?

—Sanará como los demás, así lo espero, pero su curación será más larga.

—¿Y las dos mujeres?

—Admirables; sin ellas estábamos perdidos. Desde que estuve interno en Beaujon, no había visto enfermeras tan valerosas ni tan bellas.

—Bueno, bueno—dijo el jefe retorciéndose el bigote,—no es ocasión de ocuparse en esas bagatelas.

—Pues qué, ¿teméis algo?

—No temo nada; pero pienso que nuestra situación es muy crítica, y que de un momento á otro podemos ser sorprendidos y derrotados.

—¡Bah!

—Tomad vuestras disposiciones. Procurad que no se vea luz por las ventanas.

—Todo está cerrado: por fuera no se distinguiría un elefante á quince pasos de distancia. ¿No vais á dormir?

—¿Dormir?

—Para recobrar las fuerzas.

—¡Fuerzas! Quisiera tener bastantes para hacerme matar y no ver lo que veo.

—¡Nada de eso! La muerte es lo único que no tiene remedio. Un hombre muerto no sirve para nada. Conservemos la vida, porque un tiempo se va y otro viene.

Los dos hombres se estrecharon las manos en silencio.

El oficial se dirigió hacia la puerta del patio, no sin apagar antes la luz que alumbraba tristemente aquella miserable estancia.

—¿Adónde vais?—le preguntó el médico.

—A ver á nuestros hombres y á escuchar. ¡Qué tiempo!—exclamó al recibir en el rostro el aire de la noche.

Poco después volvió, diciendo:

—No están lejos, según un hombre que viene de Ornans. Estad preparado, y sobre todo mucha prudencia.

—Estad tranquilo.

—Tenemos aquí mujeres, y... ya lo sabéis, a mujer es ligera.

—Algunas.

—Si me enseñais una sola capaz de resistir un deseo, os regalaré un mirlo blanco.

Después de todo, este es asunto vuestro, y ya estais advertido. Buenas noches.

Dicho esto, salió para no volver á entrar.

El médico permaneció pensativo.

La nieve continuaba cayendo helada, y el viento seguía arreciando.

—¡Brrr!—hizo el joven, cerrando la puerta.—Hace un tiempo endemoniado, pero es nuestra salvación. ¿Quién se mueve en una noche así?

—¡Señorita!—dijo á media voz, aproximándose á la habitación de los heridos.

Una voz de hermoso timbre respondió:

—¡Doctor!

Y al mismo tiempo se presentó una hermosa joven.

—Desde hace tres días que habéis venido de la ambulancia de Ornans,—dijo el médico—no habéis descansado y debéis caer de fatiga.

—¡Y bien!—preguntó otra voz tan dulce como la primera, á la vez que aparecía otra joven igualmente hermosa.

—Creo que podríais descansar un rato. Si no me equivoco, estaremos tranquilos hasta mañana.

—¡Agua!—balbució uno de los heridos.

La primera de las dos jóvenes entró apresuradamente, y llenando un vaso, lo ofreció al herido con un gesto lleno de gracia.

—Bebed—le dijo.

—¡Sois mi providencia!—murmuró el en-

fermo, que era un oficial.—¿Qué sería de mí sin vos?

—¡Ah! vuestra imagen no se borrará de mi corazón,—dijo apoyando en él la mano de la enfermera.

Esta la retiró lentamente, diciéndole:

—Vaya: calmaos y dormid.

—¿Y vos?

—Yo velaré como de costumbre. Si queréis algo, llamad; estamos ahí,—dijo señalando á la habitación inmediata.

—No me dejéis tan pronto,—suplicó dirigiéndole una mirada de reconocimiento.

—¿Cómo os llamais?—le preguntó procurando detenerla, cogiéndole el vestido.

—¿Qué importa?

—¿No queréis decirme vuestro nombre?

—¿De qué os serviría saberlo?

—Porque lo quiero grabar en mi corazón debajo de vuestra imagen.

—Bueno—dijo ella—ya podéis ser dichoso. No tengo más que este nombre: la Caridad.

El herido cerró los ojos y guardó silencio.

La joven se alejó, y el oficial la vió alejarse rozando la paja con su vestido negro, como una visión encantadora y desaparecer tras la cortina de tela, por donde se trasparentaba la indecisa claridad de la habitación contigua, única luz que alumbraba aquella escena de desolación.

Era el herido un hombre joven de treinta años escasos y de aire distinguido. Un bigote rubio sombreaba sus descoloridos labios,

Herido de un balazo, había perdido mucha sangre y sufría cruelmente, no tanto por los dolores de su herida, cuanto por la impotencia á que estaba reducido.

Hijo único, rico y libre, se alistó al principio de la guerra en el primer cuerpo de ejército, y había cumplido como un valiente.

Se llamaba el marqués Roger de Lignerés.

—¡Qué mujer!—exclamó lanzando un suspiro, al ver caer la cortina detrás de la enfermera.—¿Volveré á encontrarla?

Entretanto, el médico, prescindiendo de las advertencias del jefe y olvidando el peligro, instalaba con toda comodidad á las enfermeras. Las dos eran altas y esbeltas; sus cabellos castaños tenían igual matiz, sus fisonomías, rasgos parecidos, la misma distinción, idéntica expresión de bondad, hasta el punto de que cualquiera que no las hubiese visto más que una vez en la penumbra de una habitación mal alumbrada, podía fácilmente engañarse y confundirlas al verlas otra vez.

Una de ellas, la que se había negado á decir su nombre al oficial herido, era Margarita Souvray, adelgazada, fatigada por siete meses de abrumadoras vigias en la atmósfera de los hospitales, cuidando á las víctimas de la siniestra campaña; pero más hermosa quizá que antes, por el aire de profunda tristeza impreso en su pálido semblante.

Sorprendióle la guerra en el instante en que acababa de caer en la desesperación más

profunda y más legítima que puede abatir el ánimo. Sola en el mundo, experimentaba desfallecimientos invencibles acompañados de tentaciones de suicidio en la pobre casa donde había perdido á su hermana, sin poder asistirle en sus últimos instantes; la muerte la atraía como el vértigo al imprudente explorador de las altas montañas. Para colmo de sus desdichas, Roland Beroult se ensañaba con ella, enviándole este amenazador aviso:

«En adelante no escaparéis á vuestro destino, y será inútil cuanto intentéis para evitarlo. Invisible y presente, el que habéis ultrajado con vuestras sospechas y desdenes, os perseguirá sin descanso y sabrá encontraros aunque vayais al fin del mundo.»

De pronto concibió una idea salvadora, á su juicio.

El ejército marchaba á la frontera á una lucha que, según todas las previsiones, debía ser larga y mortífera, por lo cual se buscaban enfermeras, haciendo un llamamiento general al patriotismo. Margarita se ofreció con el nombre de su madre, y en la confusión de los primeros días, se la admitió, sin tener que identificar su persona.

Roland, absorbido sin duda por los acontecimientos, parecía olvidarla, y la joven pudo ir al peligro con la esperanza de encontrar la muerte, más gloriosa y mejor que un oscuro suicidio.

Visitó por última vez la tumba de Luisa

y partió con la cruz roja de Ginebra en el brazo.

Durante seis meses pudo vérsela en todas partes donde podían aprovecharse sus cuidados, en Metz, en Orleans, y por fin en Besanzón, respirando el aire contagiado, viviendo en las ambulancias, buscando el peligro con avidez y reclamando los sitios de mayor riesgo.

En Besanzón deparole la casualidad lo que le faltaba desde que perdió á su hermana: una amiga; otra joven, parecida á ella, de su misma edad, grave y reservada, cuya melancólica y dulce tristeza la atrajo desde el primer momento.

No tardaron ambas en obedecer á la fuerza de atracción que las impulsaba y hablaron con toda confianza.

Margarita conoció la historia sencilla y triste de su amiga María Magdalena, abandonada en su infancia y criada por una vieja que habitaba en el campo y recibía una retribución por tenerla á su cuidado.

Aún en la infancia, entró en una pensión de Neuilly, de donde no salía nunca. No conocía á nadie, fuera de sus compañeras y de sus maestras, que le decían: «Es preciso trabajar, hija mía, para poder vivir. No puedes contar más que contigo misma.»

Su horizonte estaba limitado por los muros del jardín, donde ella vagaba durante los largos meses de vacaciones.

Sin embargo, alguien subvenía á sus necesidades y no consentía que le faltase nada; pero este alguien era un protector mis-

terioso, á quien no vió nunca, y de quien ni el nombre conocía.

Al cumplir los dieciocho años, en un día de invierno, la misma mujer que había ido á buscarla á la granja para conducirla al colegio, le entregó una carta anónima, diciéndole:

—Tomad, hija mía, y contened las lágrimas.

La carta decía lo siguiente:

«Señorita:

»Debéis la vida á una falta que fué para mí un dolor y un ultraje. Vuestra madre murió al daros á luz, y vuestro padre, fallecido algún tiempo después, os recomendó á mi generosidad en el lecho de muerte.

»Como á pesar de mi ultraje, sentía por él un amor grande y legítimo, me he esforzado en cumplir su último deseo, dominando la aversión que me inspirais; pero no he sido bastante fuerte para conseguirlo.

»No intentéis conocerme, porque sería en vano, y os rechazaría si os acercáseis á mí: esta es mi resolución irrevocable. No nos veremos nunca.

»Me hubiera remordido el dejaros abandonada en la niñez; pero ya sois mujer y podeis bastaros á vos misma. Mi conciencia me dice que he hecho bastante por vos. La directora de la pensión os entregará de mi parte diez mil francos, último auxilio que recibiréis de la que es y quiere ser siempre una extraña para vos.»

Las últimas esperanzas de la infortunada se abismaron en las tinieblas. Buscó en sus recuerdos, imploró de la directora, y siempre recibía esta respuesta:

—No sé nada.

Todo cuanto pudo saber fué que estaba inscrita en la *mairie* del sexto distrito, como hija de padres desconocidos, por una comadrona que ya había muerto.

A los tres años de recibir aquella carta, viviendo desde su salida de la pensión en los alrededores de Moscou, en calidad de institutriz, con una familia rusa, estalló la guerra y huyó de aquel palacio, que se levantaba en medio de un desierto, buscando el sol, el aire puro del campo y la libertad. Como Margarita Souvray, sólo tenía un pensamiento y un deseo: acabar con una existencia sin objeto, pero con una muerte noble y digna.

Cuando terminó su confidencia, consolada por esta expansión con su compañera, que se había granjeado su cariño, le dijo con la melancólica sonrisa que la hacía tan interesante:

—Esta es mi confesión. ¿Y la tuya?...

Margarita palideció.

¡Su confesión!... ¿Cómo explicar su inverosímil historia sin aparecer como una farsante ante aquella joven que no tenía la más leve falta de qué acusarse?... ¿Que podía decir? Obligada al fin, contó que su padre había muerto pobre, dejándola sin amigos ni protectores; que no tenía más asilo en el mundo que el convento y que éste le repug-

naba, siendo presa de grandes amarguras.

—Como tú, mi querida Magdalena—{dijo—quería morir.

Esta semejanza entre sus dos existencias fué un nuevo lazo que afirmó su amistad, jurándose no separarse nunca, para ser más fuertes sosteniéndose mutuamente:

Un día, en Ornans, María Magdalena experimentó la primera alegría de su vida al recibir la siguiente carta:

«Mi querida niña:

»Acepto la misión de reparar una cruel injusticia cometida con vos, empezando por aseguraros, para evitar equívocos, que nada me obliga á ello: lo hago en memoria de alguien que ya no existe.

»Ignoro en donde estais: solo sé que habeis vivido algun tiempo, en calidad de institutriz, en casa del conde Breskou, y á él le ruego que haga llegar adonde esteis esta carta, caso de haber abandonado su casa.

No temais nada por el porvenir, ya que según tengo entendido, el pasado ha sido doloroso, pues si, como me aseguran, sois digna de interés, nada os faltará en lo sucesivo.

Venid sin temor, con la seguridad de ser bien recibida y de encontrar aquí el cariño que os ha faltado en la infancia.

Hasta muy pronto. Para terminar no puedo decir más que una palabra: «Confianza.»

»Vuesta futura amiga,

»BLANCA DE MAILLEPRÉ.»